

## TE VENCÍ

Pedro VÍllora

*Es difícil no tomarse mortalmente en serio*

ALVARO POMBO: *Sugar-daddy*

*El perjuicio sufrido por mi allegado fue menor*

JAVIER MARÍAS: *Lo que no ocurre*

Mi querido Vicente:

espero que me perdones por haberle roto un diente a Marta, pero me puso tan furioso que tuve que golpearla, y eso que me propuse no hacerlo aunque me diese ocasión para ello; es posible que a estas alturas ya no importe, pero no quiero que te quede de mí una imagen de violencia gratuita. Comprendo que no es lo más agradable del mundo volver de un congreso en Budapest y encontrar un hueco en la boca de tu amante, así que te ruego que me excuses.

Notarás también que faltan de tu estudio los apuntes y bocetos míos que aún no había recogido; me los he llevado porque, como muy bien comprenderás, ahora que por fin he logrado la maestría no conviene dejar restos de imperfección juvenil que puedan, un día, caer en manos de los críticos; si algo he aprendido de ti (y ha sido mucho, puedes estar seguro), es la necesidad de ocultar las huellas de los placeres arrebatadores, ingenuos e inmaduros que, como pequeñas perversiones que son, puedan sernos motivo de vergüenza y rubor en un estado venidero de asentamiento sociocultural. Así pues, siguiendo tus consejos, me desharé de las pocas obras que aún no he destruido y que reflejan eso que llamabas mi *virginidad estética*. Mientras, tú que, como de costumbre, antes que al estudio habrás ido a casa al bajar del avión (y es

por esto que remito mi carta a ese tu hogar), podrías, si eres tan amable, quemar, cuando termines la lectura, el carboncillo que hice de tus labios entreabiertos y que tienes colgado sobre el diván de tu salón. Sería un bonito detalle por tu parte, y yo lo entendería como el gesto con que dabas por olvidado el incidente de mi golpe propinando dolor sobre el rostro de Marta. En el estudio encontrarás, si es que quieres conservar algo mío (y me agrada pensar que pueda ser así), esa obra maestra que, gracias a ti (y a los sentimientos que me has hecho conocer durante todo este tiempo), he creado sólo por ti y nada más que para ti.

Con esta primera gran muestra de mi arte podemos dar por terminado aquel juego que hicimos Marta, tú y yo con nuestros nombres, desmembrándolos y reordenándolos para saber qué esotérico destino guardaban para nosotros; y recuerdo que ella dijo de sí misma (la muy pedante) que podía ser compleja y envolvente como una *trama*, y entonces tú añadiste que también podía ser un instrumento de *matar*, tal vez una sigilosa pantera o un suave y decadente foulard de seda; a mí no se me ocurría nada de ella, pero cuando tú auguraste para mí un futuro de *poder* y ella saltó (pantera) con el chiste fácil de *el poder y la podre*, la novela de mi vida, decidí que era verdaderamente una *rata*, aunque no lo dije (más que nada porque me faltaba una letra).

Lo tuyo era fácil; además no tenía más que una posibilidad realmente atractiva, y ese *te vencí* surgió como el auténtico augurio primero de lo que ha sido tu ascenso e instalación como el mayor entre los más grandes creadores vivos de la pintura; y mientras yo expresaba así mi admiración, que bien sabes es auténtica, Marta me volvió a zaherir al incluirme en mi trampa afirmando que eso también significaba tu victoria permanente sobre mí. Sé, porque te conozco bien, que lo vas a negar, pero no podrás quitarme de la cabeza que, a pesar del risueño reproche que hiciste a la ladina y a cómo defendiste mi glorioso futuro (mi actual presente), a la vez que minimizabas la importancia de tus éxitos (¡qué hipócrita eres cuando quieres!, pero te lo digo con cariño), sé, repito, que, en tu fuero interno, el orgullo del artista prepotente estaba profundamente regocijado.

Ahora tendrá que cambiar forzosamente la afirmación de Marta, porque, aunque la obra que aún desconoces no fuese suficiente para vencerte (y créeme que puede serlo), sí demuestra que estoy en el mejor camino para lograrlo. De este modo mi victoria no será única, sino triple, porque no sólo te habré vencido a ti, y contigo a Marta, sino que será también una victoria sobre mí mismo, que necesito como enemigo mío que soy por haber sido yo quien te presentó a la tal mujer.

Objeta cuanto quieras; argumenta que de no ser yo sería otro cuya mediación Marta hubiera solicitado; di incluso que ella habría podido forzar un encuentro casual;

lo sé, lo sé, pero no me basta y, desde luego, no me reconforta. Naturalmente que su atrevimiento inaudito habría encontrado medios suficientes para acercarse a ti o a cualquier otro, pero me escogió a mí, me utilizó a mí, ¡a mí!, y eso es lo que me molesta y por lo que nada conseguirá que cambie.

Además, ni siquiera era amiga mía; por no ser, no era tampoco una conocida a la que apreciase especialmente o con la que tuviese una relación más o menos continuada; se la trajo un compañero a una fiesta que di en mi apartamento y en la que había demasiada gente que no me interesaba en absoluto; me la presentaron por lo alto como estudiante de periodismo y por lo bajo como estudiante de posturas orientales y poseedora de una lengua de excepción; lo primero no era para nada lo mejor en mi escala de valores profesionales, y las otras dos aficiones sólo me incitaron a desearle buena suerte a mi amigo y a avisarle de que disponía de una única cama, plegable, que a esas horas de la noche estaría más que ocupada.

De lo que pudiesen hacer y dónde la parejita una vez los perdí de vista, no tengo ni idea, pero a las tres noches vislumbré al chico en una fiesta parecida con otra estudiante de innegable presencia y utilidad, por lo que me permito dudar de que las relaciones del afortunado con ninguna de las dos tuviesen alguna derivación a lo platónico.

Pasaron dos días más, cinco desde la fiesta en mi piso (al que, ahora que lo pienso, nunca has ido, como tampoco has mostrado el menor interés por mi vida o por lo que yo era antes de conocerte), y si para entonces la segunda chica ya estaba olvidada, no digamos nada de la primera. Además era entonces la inauguración de aquella exposición colectiva en la que participé gracias a ti (aquel desastre, ¡ay!), y entre el ajetreo de los preparativos y la angustia por el varapalo crítico que se avecinaba no estaba en disposición de reconocer aquel cuerpo con melena a la egipcia que me rondaba; los whiskies que no había contado pero sí bebido y el que tú no me hicieses el menor caso ocupado como estabas en exhibirte ante los periodistas (los de verdad) y hablarles de nosotros, los jóvenes expositores, como gente que empieza y hay que apoyar y comprender mientras ocupan un lugar, no facilitaban el que yo estuviera lo perspicaz, agradable, inteligente y desenfadado que, cuando te interesa, me dices que soy.

La chica, que por fin me aborda: que se llama no sé qué y nos conocíamos porque nos presentó quién no lo sé; que estudiaba periodismo (¡horror!), y que en clase les habían mandado entrevistar a alguien interesante (¡oh, felicidad!), y que, como tú y yo (¡ay!) teníamos tanta relación (¡y yo creyendo ser discreto!), que si os podía presentar para hacerte la entrevista (¡no!). La mandé por donde vino, y me abalancé furioso sobre un camarero para renovar mi bebida. Y entonces te veo a ti,

radiante con el escritorzuelo ese que coqueteaba contigo como tú te dabas perfecta cuenta; y entonces la veo a ella, con aspecto hundido que ahora sé era falso; y entonces que me acerco donde estaba y le digo que disculpase, que era un mal día y peor momento, pero que no merecía pagarlo con ella, así que me repitiese cómo se llamaba, Marta, y que con mucho gusto os presentaría y haría lo posible para que le concedieses la entrevista, y que para qué postergar nada, que viniese ahora mismo conmigo y en ese preciso momento te podría conocer.

La muy zorra me había proyectado su doble imagen de moderna modosita que nada casaba con la descripción que me habían hecho y que no recordaba; y yo piqué en su cebo y la cogí de la mano y la arrastré hasta el rincón donde estabas con el excelso poeta que acariciaba tu brazo. Por no tener no tuviste ni la decencia de sonrojarte y así acompañar la turbación de la sorprendida joven gloria de las letras; por el contrario, fuiste hasta amable con el enojoso engorro que te llevé y de quien te deshiciste cortés, pero rápidamente, accediendo a su petición y delegando la concertación de la cita en "nuestro encantador amiguito", que era yo. Así te librabas no sólo de ella, sino también de mí, pudiendo volver a gozar del aprendiz de seductor; afortunadamente mi venganza estaba cumplida, si no en ti, sí por lo menos en él, porque había desaparecido sigilosamente y no se le volvió a ver en el resto de la reunión.

Recuerdo que te pusiste muy meloso conmigo aquella noche; que si me enfadaba por nada, que si el fracaso de la exposición no significaba nada; que si entre vosotros no había pasado nada y era más lo que yo quería ver que lo que era en realidad; mucha nada, y mientras dándome arrumacos y zalamerías como en tus peores días, aunque el borracho (o casi) era yo.

Como es lógico no te hice caso, y aparenté estar ofendido sólo para mortificarte. Tenía derecho a un poco de venganza, y el placer que me produjo llegó a preocuparme tanto que pensé si no me estaría convirtiendo en uno de esos crueles exquisitos de la buena sociedad. Lejos de mí tal deseo, por supuesto, y opté por volver a mi solitaria cama plegable, que estaba desde la mañana con las sábanas sin extender.

Al despertar, muy tarde, demasiado incluso, el espejo del baño me asustó al mostrar una cara toda hinchada, con círculos entre ennegrecidos y violáceos en los ojos y una áspera y fea barba incipiente a juego con la revuelta confusión de mi cabello. No fue suficiente que pusiese la cabeza bajo el grifo para eliminar la pesadez que me embargaba, así que fui como pude a la cocina para calentar la cafetera y volví al baño en busca de una ducha reparadora. Aun consciente de la gravedad de mi decisión, al colocarme bajo el tubo que dejaría verter sobre mí toda la fuerza de su eyaculación mi mano fue primero hacia el grifo del agua fría; el ruido con que cayó

ahogó mi grito, y en seguida la nueva descarga de calor vino a aplacar el estremecimiento que sacudía mi cuerpo y que, al tiempo, lo había logrado despertar.

Creo que habría estado horas bajo el manto del agua caliente si el teléfono no hubiese comenzado a sonar en ese momento. Con gusto me habría quedado en la ducha sin atenderlo, pero no me podía arriesgar a que fuese una llamada tuya justo cuando acababa de perdonarte o estaba, por lo menos, en trance de hacerlo.

Salí de la bañera sin secarme y sin cerrar los grifos, y fui mal corriendo, desnudo como estaba, a coger el auricular; no había hecho más que levantarlo cuando la cafetera decidió emitir ese pitido agudo y ensordecedor que amenazaba con devolverme el dolor de cabeza. Sin tiempo para nada grité que esperase y corrí también como pude a cortar el paso del gas. A la vuelta tropecé y estuve a punto de caer, pero por suerte logré sentarme en un sillón a la vez que cogía el teléfono y, llevándomelo al oído y diciendo "diga", confirmaba mi alegría: eras tú.

Pero no, era Marta, y no es que a mí me importe mucho ni tenga un sentido del pudor exacerbado, pero de repente me sentí muy ridículo hablando desnudo por teléfono con una mujer. Crucé las piernas y me puse un almohadón sobre el regazo. Ella me recordó (lo que no hacía falta) tu encargo de la noche anterior de que os pusiese en contacto. Entonces pensé que era tan tonta como para creer en lo que había sido una solución de compromiso; ahora sé que era la oportunidad que estaba buscando y no iba a desaprovecharla. Como yo no esperaba que me llamase, no tenía nada preparado para hacerla desistir, y me vi obligado a coger su número de teléfono y prometerle que en un par de horas le daría una fecha y un lugar donde os podríais encontrar.

Recordarás que te llamé y no te extrañó que Marta hubiese insistido, e incluso mostraste tal premura en satisfacerla que te declaraste dispuesto para esa misma tarde. No entiendo por qué tenía que ser yo quien se lo comunicase a la intrépida reportera, si muy bien podrías haberlo hecho tú que tanto interés demostrabas en conocerla; pero yo, buen chico, no repliqué nada y marqué el número de la pesada que, por lo menos, tuvo el buen gusto de contestar inmediatamente y no hacerme esperar.

Quedó dispuesto que nos encontraríamos a media tarde en tu café favorito, aunque bien sabes que yo fui sólo porque tú me incluiste dándolo por descontado, que a mí ni me apetecía ni se me había perdido nada por allí.

Después de comer algo en casa bajé a la calle para comprar los periódicos movido por el morbo; dos no decían nada, pero el tercero ofrecía en sus páginas una crítica infame. Lo que decía era cierto, absolutamente cierto (y mi acceso a la maestría me permite darme mejor cuenta aún), pero la joven promesa aspirante a algo más no

estaba dispuesto a ser objetivo en ese momento, y arrugué el diario que arrojé a una papelera mientras profería una maldición.

Si vas a decir que fue un gesto absurdo y alocado, lo admito, pero hay que reconocer que sirvió para calmarme. Ausente ya la excitación volví a comprar el mismo periódico y, con él bajo el brazo, cogí un taxi para llevarme a la reunión.

Cuando me apeé miré el reloj y me percaté de que llegaba un poco pronto. Mejor, pensé, porque así podría sentarme tranquilamente y sin agobios, y podría tomar una copa que mejorase mi humor. Pero mi pequeño proyecto quedó frustrado al entrar en el café y, paseando la vista por las mesas, encontrar la figura de Marta instalada en el asiento de un rincón.

Pensé en marcharme y volver más tarde, pero fue imposible porque levantó el brazo y me hizo ademán de invitación para acercarme. Habría sido descortés y grosero desatender su llamada y, aunque la chica me caía rematadamenmte mal, lo cierto es que no había ningún motivo razonable para que así fuera, por tanto fui a su encuentro y, con un saludo, me senté.

La perspectiva de esperarte el tiempo de retraso que sin duda te tomarías no era muy halagüeña con aquella compañía, y apenas pedí de beber pretexté una necesidad y me levanté para marchar al aseo de caballeros.

Encerrado en aquella intimidad que ella no profanaría, dejé que corriesen los minutos (tampoco demasiados), mientras me sorprendía descubrir que si yo había llegado con adelanto ella, que, como había podido comprobar, tenía su copa casi consumida cuando me acerqué, debía llevar ni se sabe cuánto tiempo en el local. Se evidenciaba, por tanto, que su interés era aún mayor de lo que había supuesto.

Abandoné mi refugio cuando juzgué conveniente y volví a la mesa donde Marta estaba instalada. La encontré enfrascada en la lectura del periódico que abandoné en mi huida, atendiendo cuidadosamente al principio de la sección cultural; rogué mentalmente que no pasase la página y descubriese la columna que se esforzaba en devolverme al arrabal de los ignorados, pero cuando estuvo a punto de hacerlo alzó la cabeza y dijo que acababas de llegar. Me volví, pues sentado frente a ella daba la espalda a la entrada y, en efecto, allí estabas tú, pero, para mi desgracia, no sólo no entrabas solo, sino que lo hacías junto al abajo firmante de la crítica maldita de la maldita exposición.

Fingí no haberos visto y retorné a mi posición anterior; desde la que vigilé tus pasos gracias al espejo providencial que estaba colgado en la pared justo encima de la cabeza de Marta. Vi que no venías directamente hacia nosotros, y dabas un rodeo que más parecía un paseíllo o el vuelo de una mariposa de flor en flor como tú ibas de mesa en mesa saludando a gente de la que yo sabía que no eras simpatizante ni amigo.

Por fortuna, el crítico tomó asiento ante otra mesa rebosante de cultura y tú te acercaste a donde estábamos, mostrando una espléndida sonrisa y un asombroso aspecto juvenil.

Ni siquiera hizo falta que os volviera a presentar: recordabas sin titubeos su nombre y ella, al cogerte de una mano que estrechó, poco menos que se abalanzó sobre tus mejillas para besarlas mientras tú, aguantando el contacto físico, te dejabas, como si nada, hacer.

Muy contento estaba yo, añorando al inquisidor que hiciese quemar a la bruja porque, a pesar de hacer con ella tantas carantoñas, a mí me despachaste con un saludo insignificante y un cómo estás. Creí que con eso terminaba ya mi desazón y a partir de ahí nada podría empeorar, pero en lo que imagine sería una breve y vulgar entrevista oí como primera pregunta si los falos y atributos masculinos que inundaban tus últimos cuadros eran el quejido del macho que aún no ha encontrado la hembra plena que ambiciona.

Semejante aberración me dejó fuera de combate, y que respondieses con una risita que quizá, quizá (y ya más serio que si esto y aquello), me terminó de aniquilar. No sé de qué más hablaríais porque no escuché nada a partir de entonces y me dediqué a fantasear para abstraerme por completo de esa absurda realidad que conformabais. Cuando, en un momento dado, me golpeaste en el hombro para sacarme de mi ensueño, pergeñé la excusa de una fuerte jaqueca y os abandoné para marcharme a descansar.

Te confesaré que lloré abrazado a la almohada, aunque bien cierto es que no tenía por qué, y te confesaré también que llamé a tu casa a la hora en la que siempre acostumbabas a volver, y o no contestaste o no estabas allí (lo que no cooperó mucho en consolarme).

En un raptó de cordura decidí que no debía comportarme como el niño que hasta hacía no mucho había sido, y que no debía ver sólo el lado negativo y turbio de las cosas, especialmente si, como éste podía ser el caso, no había más que temores de mi mente calenturienta. Más calmadito preparé un vaso de leche caliente y me acosté con la conciencia tranquila por haber sido capaz de reflexionar a tiempo.

Al día siguiente me levanté feliz y a gusto conmigo mismo; decidí no llamarte y salir de compras y escaparates, pues no me apetecía ponerme a pintar. Me encapriché de una gorra que no me sentaba nada bien pero que era preciosa, así que la compré y, por supuesto, aún está sin estrenar. A media mañana me encaminé al museo para hacer tiempo hasta la hora de la comida. Sorprendentemente me reconoció un portero y me dijo que había leído lo que consideraba una vergüenza de crítica, pero que no me preocupase porque yo tenía un gran futuro por delante, y que además, al

habérsenos apaleado en grupo a todos los expositores, no era tan grave como si hubiese hecho salvedad de alguno de nosotros. Le agradecí profundamente sus palabras como merecía, y le regalé un bosquejo de su cara que tracé al dorso de un programa. Atravesé sin detenerme las salas de Románico y Paleocristiano, por las que no sentía interés, y no paré hasta llegar al Renacimiento, donde comencé mi proceso de autocrítica. Tenías razón, y también la tenía el articulista; no tenía sentido a estas alturas de la historia artística volver a repetir algo ya superado; podíamos, si queríamos, intentar alcanzar aquella perfección técnica, aquel prodigioso dominio del pincel, pero hacer de la perfección un modelo estético a seguir en nuestros días estaba fuera de lugar. Para ser verdaderamente grande, un maestro como tú, no valía con negar mi tiempo si eso implicaba una vuelta a los orígenes; me estaba convirtiendo en un recurrente y no en un creador; hacía falta arriesgar hacia el futuro, hacia una novedad que podía estar influida por una síntesis del pasado, pero que no podía ser el pasado. Si tú triunfaste fue por crear tu camino privado al margen de los demás; si yo quería triunfar debía hacer lo propio.

Abandoné esas salas henchido de optimismo; al pasar junto a los flamencos decidí que en mis obras posteriores no habría sitio para la ingenuidad y, desde luego, no me sometería al realismo; era libre de imaginar y lo haría. Salí del museo y cogí un taxi para acercarme a un pequeño restaurante enclavado en la zona universitaria.

Las constantes obras en las calles obligaron a coger un rumbo incomprensible; pese a eso estábamos no muy lejos del destino cuando una manifestación estudiantil no autorizada nos obligó a parar. No tenía sentido permanecer dentro del taxi hasta que se pudiese atravesar ese grupo de gente o lo disolviese la policía, así que pagué al conductor y me dispuse a cubrir a pie el pequeño trayecto que faltaba.

No era difícil cruzar entre los estudiantes, e incluso me parecía agradable hacerlo porque hasta hacía bien poco yo había sido uno de ellos, y esto me lo recordaba. Es posible incluso que me diese un poco de envidia verlos hacer uno de esos actos colectivos que tanto me habían atraído y que, más que nada, servían de excusa para abandonar por unas horas la aburrida rigidez de aulas y profesores.

Estaba ya en medio de la muchedumbre cuando noté que alguien me agarraba del brazo por detrás; me volví y allí estaba Marta, toda sonriente y con la cara colorada por el esfuerzo de gritar. Intentaba decirme algo, pero yo no me enteraba por el barullo y la saqué del núcleo de gente hasta un extremo retirado donde me preguntó si estaba mejor. Le contesté que sí y ella dijo que te habías preocupado cuando me fui porque creías que mi estado no era bueno. Agradecí tu interés y el suyo (aunque el tuyo sería convencional y el suyo inverosímil) y me quedé sin saber qué hacer ni qué decirle.



Ella tampoco parecía muy decidida a hablarme y se despidió advirtiéndome que, de todos modos, me cuidase porque no tenía buen color bajo los ojos.

Puedes jurar que la detesté, porque además de haberme molestado para nada se fue dejándome el eco de su impertinencia. No está bien mentarle a uno el físico, y menos para mal, pero tampoco le di mayor importancia pues era típico de una juventud cada vez más desconsiderada (y no te burles recordando mis pocos años, que tú sabes lo que quiero decir).

Comí en soledad pero con agrado, y tomé té en un salón que inauguraban aquella tarde. Al volver a casa el contestador me ofreció tu voz invitándome a cenar. Me vestí como imaginé que más te complacería y acudí a tu cita puntual. Cuando pedí al maître que me condujese a tu mesa no imaginaba aún la sorpresa que me aguardaba; verte sentado con Marta me irritó profundamente, pero me esforcé por que eso no se me notase y por no convertirme en el causante de una mala noche para todos.

No creerás que me agradó que no me hubieses dicho que estaríamos acompañados; yo esperaba una cena íntima como hacía días que no habíamos tenido, y realmente estaba predispuesto a cualquier cosa que esa noche me quisieras proponer; me había vestido con un traje que escogiste tú mismo para mí, y el hueco de mi cuello exhalaba tu perfume predilecto. En aquellas circunstancias comprenderás mi decepción por la traición de colocar una entrometida en el entorno.

Yo no dije nada y pretendí dotar a mi semblante de la mayor naturalidad, pero creo que en el fondo los tres nos sentíamos incómodos aunque no lo aparentásemos. La culpa fue tuya, aunque quizá fue un acto de tu instinto provocador; si era eso fallaste, porque en honor a Marta he de confesar que aquella primera noche de los tres en compañía fue lo que ninguna otra ha sido: no hubo ataques más o menos indirectos, ni zancadillas verbales, ni ironías ni ningún otro suceso que viniera a enturbiar la relación. Si sólo fuera por aquella cena diría que Marta y yo (sin ser, desde luego, amigos) nos teníamos un respeto hasta cierto punto mutuo y, en alguna medida, indiferente.

Pero el daño estaba hecho; aunque nada en apariencia propiciaba el surgir de una sospecha, seguía sin encontrar explicación positiva a tu decisión de invitar a Marta; cuando aquella cena absolutamente banal, informal, donde no se dijo nada interesante, donde sólo se trataba de pasar el rato, terminó y acompañamos a Marta a su casa, al quedarnos a solas en el taxi te pregunté cuál había sido la razón para invitarla, y tú respondiste que, simplemente, te había apetecido.

Si no hubiese sido por la presencia del conductor me habría echado a llorar, como hago a veces para provocar tu abrazo que no siempre llega. ¡Te había

apetecido!; yo, ridículo, que me había preparado para un momento especial, me había visto relegado por una simple advenediza.

Estaba frío por completo y te pedí que me dejases en mi casa; no rechistaste ni me invitaste a la tuya, tan sólo hablaste para darle al taxista mi dirección y para despedirme a la llegada. Quedé de pie ante el zaguán viendo al coche alejarse y ocultarse al perderse por las calles. Subí a acostar y bebí un último brandy antes de meterme en la cama.

Durante días no te llamé; no sé si tú lo harías porque me negué a atender cualquier llamada. No pintaba nada salvo garabatos que arrojaba sin terminar a la papelera; probablemente mi afición al cine durante niño fue la que me indujo actitudes tan artificiosas.

Una noche en que estaba más dispuesto me decidí a llamarte, pero nadie contestó la primera vez; una hora después volví a hacerlo y una voz de mujer preguntó quién era. Colgué lentamente, mientras ella repetía su pregunta. No necesité más que la breve frase para saber que era Marta quien estaba contigo a esa hora tan clarificadora.

Fue al día siguiente cuando hablaste conmigo, porque de nuevo me preocupé de lo que el teléfono me pudiese decir. Recordarás que te extrañaba llevar días sin verme y que querías que nos reuniésemos en algún sitio para hablar; acepté y al poco estábamos ante el café que nos trajo un camarero a la mesa de un bar.

Yo estaba muy callado al principio, y tú me cogiste una mano y la acariciaste. Te dejé hacer y, mientras, escuchaba tus palabras, que me habrían podido desgarrar; dijiste que ya sabía yo que estabas con Marta y que era muy importante en ese período de tu vida poder sentir el amor de una mujer, pero que eso no era motivo para que creciese la distancia entre nosotros dos; que yo significaba mucho para ti y no querías perderme, pero que tampoco querías dejarla a ella; que éramos necesarios para ti y que hiciese un esfuerzo por comprenderlo y aceptarlo.

Creo que habría accedido a cualquier cosa que me hubieses querido proponer, así que me avine a amoldarme a la nueva situación establecida; te lo dije y tú hiciste el amago (en un gesto un poco amanerado), de tener una molestia en los ojos y en la nariz. Tu simulacro de llanto no produjo ninguna emoción sobre la que ya tenía, sobre ese aspecto dócil y abatido que debía de mostrar. Así entré de tu mano en esa ofensa que para mi dignidad era tener que compartir tu persona con la otra; pero me dejé, por ti, por tu nueva victoria sobre mí.

Volvió a ser todo como antes pero con ligeras variaciones; seguíamos saliendo juntos, yendo a espectáculos, a exposiciones, a cenar, pero ya no con tanta frecuencia;

tu tiempo se dividía entre Marta y yo, salvo en las contadas ocasiones en que nos reuníamos los tres en esa actitud civilizada que querías para nosotros.

Lamento, sinceramente lo lamento, que no saliese todo tan bien como era tu deseo. Sabes que no fue por mi culpa, que yo lo intenté cuanto pude, pero fue Marta la que demostró no estar de acuerdo con la pervivencia de nuestra antigua relación. Yo me acercaba a ella tan inocente y abierto como era capaz, disimulando el disgusto que me producía y que alejaba en honor a ti; procuraba interesarme por lo que pudiera acontecerle, saber lo que pensaba, cómo sentía, pero nada de eso le impedía mostrar sin tapujos su rechazo hacia mí.

No creo que no lo hubieses advertido; seguramente percibías todo tan claramente como yo y te lo guardabas para rumiar tu tristeza en la intimidad de tu interior. Oías los velados sarcasmos de Marta igual que los oía yo; la veías dirigir el desprecio de su mirada hacia mí, pero callabas, quizá como si eso no fuese contigo, o quizá (creo yo), impotente para combatirlo.

Si por lo menos la actitud de Marta forzase tu decantamiento hacia alguna de las partes, no me habría dolido tanto aunque el agraciado no fuese yo; pero tú seguías dándonos un trato igual, incapaz de mostrar preferencia por ninguno, y eso, que habría soportado de ser otra la postura adoptada por Marta, se hacía cada día más doloroso para mí.

Era en vano que mostrase ante ti mi llanto; era en vano que intentase hacerte reaccionar ante el ataque que sufría. Tú lo negabas todo; sostenías que no había nada de lo que yo decía y que era todo el producto de mi artística imaginación. No había manera de que reconocieses la realidad, el peligro que Marta suponía para mi débil voluntad. Ella insistía en su juego, haciéndome de menos, y tú seguías disculpándola y ajeno a todo mi mal.

Yo estaba perdiendo estrepitosamente; me resentía de un terreno que Marta iba ocupando a toda celeridad; ella era fuerte y lo sabía, y te arrastraba a ti en el juego de mi caída. No hacías caso alguno a los avisos que te daba, y no tuve defensas que evitasen mi final.

Te lo dije un día; te obligué a decidir. El cansancio de mi espíritu me impedía resistir y te planteé la opción única posible: o se iba ella o me iba yo. Recuerdo (y tú también recordarás) cómo quisiste que cambiase mi decisión, cómo intentaste que no fuese tan inflexible, pero ya era tarde; Marta debía desaparecer de nuestras vidas o de la mía saldrías tú.

No he recibido golpe más duro que el que entonces me infligiste; tal vez no debiera decirte esto, pero creo que una punta de odio afluyó a mi corazón. Por qué, aunque confesando el tormento que para ti era, por qué, insisto, me dijiste para

siempre adiós, es algo que no he podido incluso ahora explicarme. Desaparecías; no intentes culparme a mí porque fue causa tuya.

Quedaba libre, solitario pero libre, mas también desolado. Ya no tendría que compartirme con nadie porque ni siquiera te tenía; era pequeño consuelo, como bien comprenderás; intentaría salir de ese bache en que me dejabas, de esa agonía del afecto fenecido que tan acongojante era ahora pero que podría, con el tiempo, superar.

Mentira, mentira: nunca lo podría superar, no hagas caso a lo que he dicho; nunca creí que nada pudiese volverme de nuevo a levantar, ni siquiera el arte ni la sombra de un brillo en mi futuro. Tu rechazo me mataba, tu repudio cruel me hacía sangrar. Marta había vencido, me había hecho un perdedor.

No sé cómo habrán ido tus días sin mí, con ella como única compañía; no he vuelto a verte desde entonces y ahora ya ha quedado todo atrás; mi tiempo de confusión ha pasado y sé que estoy en el mejor de los caminos; ya soy un maestro, en cierto modo gracias a ti y a la obra que te ofrezco; considérala, si quieres, un regalo por tu última llamada, la que me has hecho desde Budapest, desde ese congreso de artistas al que has ido sin ningún acompañante, habiendo dejado a tu amante instalada como dueña de tu hogar.

Sería falso decirte que esperaba tu llamada; desde la última vez que nos vimos han cambiado muchas cosas y me ha llegado el momento en que tu abandono lo tenía casi superado; digo "casi" porque faltaba el último impulso que instaurase la frialdad en mi cabeza, y has sido tú quien me lo ha proporcionado.

Al principio no supe qué decir (lo advertirías probablemente), y apenas musité un hola a tu saludo; ni siquiera cuando me preguntaste cómo estaba (y lo hiciste, creo, como esperando verdaderamente que respondiese a la pregunta), ni siquiera entonces tuve algo consistente que contarte. No te importó; era como si lo esperases, y me dijiste inmediatamente que me echabas de menos; yo también a ti, pero preferí callármelo. Te quedaste un instante sin hablar y me preguntaste si podrías verme a tu vuelta. No me opuse y tú lo agradeciste y nos despedimos. No hubo más.

Había sido más fácil de lo que esperaba el momento tan temido. Nos veríamos, sí, pero ahora sabía que no volvería contigo, que esa etapa se había cerrado de modo definitivo, y te lo digo así, sin rodeos.

En mi nuevo estado de serenidad recién adquirida no había problema para encarar lo que ya sólo eran circunstancias del pasado; si era firme mi decisión (y lo es) de que nunca más habrá nada entre nosotros, debía anular los vestigios de eso que no volverá, pues era absurdo seguir manteniéndolos. Por eso llamé a Marta para decirle que iría al estudio a recoger las obras que me hubiese podido dejar allí.

No creas que he tenido dificultad en hablar con Marta, nada de eso; ella ha intentado burlarse de mí, riéndose al llamarme hijo pródigo y ridículo afectado, pero no he hecho caso: le he hecho saber a qué hora iba a ir al estudio y he sido muy firme al advertirle que sería mejor que estuviese allí para abrir la puerta.

Realmente he tenido mis dudas de que Marta me quisiese obedecer, pero lo ha hecho. Cuando llegué y llamé al timbre ella estaba y me abrió; vestía una bata de satén que la cubría hasta los tobillos y quedaba cerrada con un largo cinturón anudado por delante. Apenas me ha mirado mientras yo entraba, pues su cabeza ligeramente gacha dirigía sus ojos hacia abajo. Ha estado muy humilde: me ha preguntado si quería tomar algo pero yo le he dicho que no, que sólo cogería lo mío y me marcharía después. He entrado en el gabinete donde estaban mis dibujos y ella quedó a mi espalda.

Mientras buscaba y seleccionaba lo que me tenía que llevar, Marta se me acercó por la espalda; apoyó su mano derecha en mi hombro y su mejilla bajo mi cuello, y me dijo que se sentía muy sola. Yo no hice nada y seguí con lo mío, pero ella insistía en que nadie la quería y necesitaba a alguien que la comprendiera. Le recordé que para eso estabas tú, pero ella afirmó que no era lo mismo, y que necesitaba alguien más joven, de su edad, que pudiese entender mejor lo que le pasaba y lo que podía apetecerle. Serenamente le dije que yo no era la persona que necesitaba, y que estaba demostrado que no había nada entre nosotros. Entonces cambió su estilo y su registro de voz, y descaradamente dijo que quería acostarse conmigo; con la misma serenidad de antes dije, simplemente, no. Insatisfecha con sus resultados se despojó de la bata y quedó totalmente desnuda y exhibiéndose ante mí. Me ha repetido que quería un acto con mi cuerpo y que si no la encontraba sensual y apetecible, pero yo le contesté que me daba náuseas y que jamás haría con alguien como ella algo que fuese una traición a ti. Entonces se rió de ti y te llamo impotente y viejo repugnante, y gritó alocadamente que no valías para nada y que sólo te estaba utilizando para medrar en la escala social; que no le importabas y que en cualquier momento estaría gustosa de dejarte.

Juro que no quería, de verdad que no quería, pero no lo pude evitar: al oír esas calumnias contra ti golpeé su rostro con mi puño y un diente roto salió despedido de su boca. He debido aturdira porque se tambaleó un poco y se apoyó en la pared para no caer, y entonces..., entonces...

...entonces la he visto tan hermosa, con el maquillaje corrido por el llanto, con un hilillo de sangre sobre los labios que empezaban a hincharse, con una mejilla amoratada bajo el velo de su cabello desordenado. ¡Tenías que haberla visto como yo la vi! Y entonces..., entonces...

...entonces me llegó la inspiración; entonces supe que iba a realizar la primera de mis grandes obras; el material estaba allí, a mi disposición, y sólo restaba darle forma.

Cuando llegues al estudio la verás colgada por los pies de un gancho en la pared, pintada toda de negro salvo su rubia cabellera y una línea roja que la recorre desde el sexo a la cabeza en canal, con el lazo de su bata anudado todavía en torno al cuello. Tan sólo falta el toque de una rata entrando por su boca desencajada. Con esta obra te he vencido, Vicente, por fin estoy a la altura de los grandes.

Con afecto:

Pedro

P.S.: No busques el diente porque no lo encontrarás; me lo he quedado yo en recuerdo de mi arte.